

CALDAS SALTANDO MATONES ECONÓMICOS CON SU IMPRENTA “EL SOL” E INCURSIONANDO EN LA VIDA MILITAR

Discurso preliminar del Coronel Francisco José de Caldas el día en que dio principio al curso militar del cuerpo de ingenieros de la República de Antioquia¹

La ciencia del Ingeniero es inmensa: abraza todos los ramos de la guerra, y parece que se detiene con preferencia en los más sublimes: su objeto es oponer al enemigo obstáculos invencibles, sorprenderlo, aterrarlo, vencerlo, y al mismo tiempo defender la Patria, derramar el consuelo y la seguridad en el corazón de sus conciudadanos, en fin, hacer respetar y temer de todos al Estado. Este es el alto destino, jóvenes estudiosos, a que os llama la República: este es vuestro patrimonio, y esta la mies preciosa que debéis cultivar para ofrecerla dentro de poco tiempo frutos sazonados. Vosotros sois su esperanza, no la frustréis por inapli-

1 Este discurso fue publicado en un folleto “a expensas del mismo Cuerpo, en Medellín, en la imprenta del Gobierno, por el ciudadano Manuel María Viller Calderón, año de 1815, tercero de la Independencia”, y trae al frente esta advertencia: “ADVERTENCIA. Nada es más útil en una profesión que el conocimiento de las obligaciones en que el hombre se ha constituido, abrazándola, y ninguno puede hacer sólidos progresos ignorando sus deberes y las virtudes que deben adornarlo. El Cuerpo de Ingenieros, poseído de esta verdad, ha creído hacer un servicio a todos los militares, dando a la prensa el Discurso preliminar que se ha leído al principio de su curso”. En Bogotá no pudimos hallar un ejemplar de este folleto. Lo pedimos a Antioquia, y el sabio doctor Posada Arango hizo tomar allá para nosotros una copia de un ejemplar que logró conseguir, el cual tuvo la amabilidad de obsequiarnos. En ella se tomó el trabajo de hacer algunas correcciones de ortografía, dejando sí su puntuación original. Recientemente hallamos que él fue publicado en “El Ingeniero”, periódico de Bogotá, el 29 de julio de 1883. (E. P.).

cación o por pereza. Fijad, yo os lo ruego, vuestros ojos sobre la brillante perspectiva que os ofrece la carrera del honor y de virtudes que hoy abre para vosotros la Patria.

La América, antes subyugada y esclava, dependiente hasta en las menores cosas del duro peninsular, no necesitaba de ciencias, de arte, de guerra, de héroes ni de virtudes. Al siervo le bastaba sumisión y una obediencia ciega. Pero hoy, libre, independiente y que marcha con pasos gigantescos a la cumbre de la grandeza y la prosperidad, que ya está al nivel de los imperios, tiene una urgente necesidad de formarse hombres ilustrados, de domiciliar las ciencias y las artes, de fortificar sus fronteras, crear ejércitos, artillería, y, sobre todo, formar soldados llenos de valor y de virtudes. Vos estáis destinados, jóvenes ilustres, a ocupar los primeros puestos en los ejércitos; vosotros sois los elegidos para llevar el terror y el espanto al corazón feroz y sanguinario del español, que quiere subyugarnos; vuestras manos van a levantar trincheras inexpugnables, y vuestro genio va a tener el honor de trazar los planes que deben dar seguridad y vida a vuestra Patria. ¿Qué destino, ni más glorioso ni más grande, podríais inventar vosotros mismos para satisfacer vuestra imaginación ardiente, ni vuestro corazón ansioso de gloria y de virtud? Toda la prosperidad de que es capaz la carrera de las armas está hoy en vuestras manos, y solo de vosotros depende el cosechar laureles, gloria inmortal y virtudes que pasen de generación en generación, cubriéndoos de bendiciones y llevando vuestra memoria, siempre querida, a todos los pueblos de la América. En vuestras manos está grabar sobre monumentos duraderos vuestros nombres y hacerlos resonar desde la bahía de Baffin hasta la Tierra del Fuego, y desde la embocadura del Amazonas hasta las costas del Perú. En vuestras manos está nivelaros con el mérito ilustre de Bolívar, Girardot, Mariño, Rivas, Macaulay... Solo necesitáis vencer vuestras pasiones, conquistar virtudes y prestaros con docilidad a mis consejos. Una conducta irrepreensible, un estudio continuado y reflejo, son los únicos caminos que llevan a la gloria. No os engaños, jóvenes; solo la virtud y los conocimientos merecen el aprecio público, solo ellos pueden mereceros la estimación general y la beneficencia del Gobierno. Yo quiero hoy trazaros, aunque sea en compendio, las virtudes militares con que debéis adornar vuestros corazones, y los conocimientos con que debéis enriquecer vuestro entendimiento, para que algún día se diga que sois soldados dignos de defender la Patria.

El honor es la primera virtud militar; el honor debe llenar todo el corazón de un soldado; el honor debe ser el ídolo querido del hombre de guerra; el honor es el resorte vigoroso que da calor, movimiento y vida a todas sus operaciones; el honor es el que arrastra todos los peligros, el que puebla el campo de batalla, el que hace sufrir con alegría las vigili- as, el hambre, la sed, la desnudez y todas las inclemencias de la estación; él es el que haciéndonos olvidar de nosotros mismos, entrega con una generosidad incomprensible la sangre y la vida a la Patria, a esta Patria querida para quien habéis nacido; el honor, es, en fin, el que nos hace celosos, activos, vigilantes, humanos, modestos, fieles, comprensivos, temerosos... En una palabra, el honor nos hace virtuosos y nos eleva sobre el resto de los demás hombres, nos inmortaliza y nos hace vivir en la posteridad.

Ya me parece que leo en vuestros semblantes los deseos ardientes de poseer esta virtud preciosa, y me parece que cada uno de vosotros me dice: ¿Qué cosa es ese honor? ¿Qué es esa gloria? Yo quiero satisfacer vuestros deseos, y aún más, quiero grabar en vuestro espíritu ideas puras y exactas del honor.

El honor en general, y respecto del que le obtiene, no es otra cosa, y consiste esencialmente en el cumplimiento exacto de las obligaciones que nos imponen la religión, la naturaleza y la sociedad; pero respecto a los demás, es la reputación o concepto ventajoso que formamos de las virtudes de aquel. Un hombre que falta a Dios, que no oye los gritos de la naturaleza y que hace traición a su Patria, no tiene honor. ¿Cómo puede tenerlo el que no adora en espíritu y en verdad al Autor de su ser y al Criador del Universo? ¿Cómo puede tenerlo el que ataca y pisa su ley santa? ¿Cómo puede ser honrado el que mira con indiferencia la suerte de su Patria? No creáis tampoco, jóvenes, como cree el vulgo, que solo los grandes crímenes y los vicios groseros están en contradicción con el honor. El asesino, como el que estafa, el calumnian- te, como el detractor de pequeñeces, el traidor, como el apático... todos carecen de honor, porque todos faltan a sus deberes. En una palabra, solo tiene honor el hombre de bien, y solo es hombre de bien el que cumple fielmente con todas las obligaciones que le imponen la religión, la natu- raleza y la sociedad.

De este principio indestructible deduciréis con facilidad que *el ho- nor militar respecto del que le obtiene no es otra cosa, y consiste esencialmente en el*

cumplimiento exacto de todas las obligaciones que le impone la noble profesión de las armas; pero respecto a los demás, es la reputación o concepto ventajoso que formamos de las acciones militares de aquel. El soldado que estudia los elementos del arte de la guerra; que se penetra de las leyes militares, y lo que vale más, que las observa en público y en privado; que del mismo modo obra con testigos que en soledad; que es fiel, sumiso, activo, celoso, obediente, infatigable... ese es el soldado de honor. El que descuida ilustrarse, el que viola la ley, el que obra más por temor que por principios, el que descuida, el que duerme, el que huye del trabajo, el que tiembla a la vista del peligro, el que obra por capricho y no por los preceptos de los jefes ... ese soldado no tiene honor. Ahora quiero yo, jóvenes, haceros esta pregunta: ¿queréis tener honor? Pues cumplid con religiosidad las obligaciones que os impone vuestro estado, arded en deseos de ilustraros, aplicaos con tesón al estudio de las ciencias militares, velad, trabajad, obedeced. Este es, creedme, el único camino que conduce al templo del honor: sobre este sendero, sin desviarse, marcharon siempre los Condés, los Turenas, los Luxembourgs, los Saxes, los Eugenios, los Monteciculis... que hoy, cubiertos de gloria y de laureles, llenan los fastos de la Historia. Este es el camino que en vuestra profesión siguieron Pagan, Deville, Cochorn, Vaubán y todos los hombres de genio que supieron profundizar y elevar el arte de la fortificación hasta el grado de una ciencia, y levantar monumentos sobre los cuales leemos todavía sus nombres inmortales.

Hay un honor falso, hijo del capricho y de las preocupaciones, no solo del vulgo estúpido sino de las naciones más ilustradas. Yo quiero ponerlos, jóvenes, a cubierto de estos errores peligrosos, y enseñaros que así como hay un honor verdadero, hay otro vicioso y degradante, y que así como debéis buscar el primero debéis huír del segundo.

El falso honor toma al vicio por virtud y confunde con torpeza estos extremos morales. Un joven militar, por ejemplo, creé degradarse, cree envilecerse y faltar a lo más sagrado de sus deberes si no admite un desafío. Otro piensa que no es dado al militar sufrir la menor falta ni el más pequeño agravio de sus conciudadanos; que es preciso vengarlos todo con la espada, so pena de pasar por un cobarde y por un soldado sin honor. ¡Honor infame! ¡Moral absurda! ¿Quién ha concedido a ese militar, en el primer caso, el derecho de exponer su vida y su existencia, que solo debe a su Patria? ¿Quién le ha concedido, en el segundo, el derecho de

atacar, de herir y de matar a sus hermanos porque le irrogaron una ofensa leve, y las más veces porque le faltaron a una ceremonia de convención, siempre frívola a los ojos de la Filosofía y de la Razón? ¡Qué! ¿Al soldado no lo liga la ley de su conservación ni la suprema de la caridad? ¡Qué! ¿El sufrimiento, la modestia, la paciencia, la dulzura, estas virtudes que tanto han caracterizado a los grandes hombres y a los mayores Capitanes, deben huír del corazón del soldado? ¡Qué! ¿Ese aire altivo e intolerante, esas miradas oblicuas y de desprecio, ese orgullo insensato, esa disposición siempre pronta a injuriar, zaherir, ultrajar, puede jamás ser honor? No, jóvenes queridos, no es honor poseer esos vicios abominables. Por la opuesta será siempre honrado el militar que reserva su vida para sacrificarla en defensa de la Patria, y que responda al temerario que provoque el duelo: *no, no acepto; yo no puedo disponer de tu existencia ni de la mía, sino para defender a mis conciudadanos; si te hallas agraviado, tenemos leyes y tenemos jefes que nos harán justicia.* Será siempre honrado el militar, que, superior a toda preocupación de ceremonia, sepa sufrir y aun despreciar las faltas de etiqueta: será muy honrado si es humano, compasivo, atento y siempre moderado. No olvidéis jamás, jóvenes, este principio luminoso: el honor es incompatible con los vicios.

Hay otro punto de honor falso, aún más abominable: tal es el creer que es un heroísmo quitarse la vida en las extremidades de una derrota. Desbarre como quiera el filósofo de Ginebra², empeñe toda la vehemencia de su elocuencia en hacer la apología del suicidio, jamás persuadirá a un hombre razonable y juicioso a poner fin a sus días con sus propias manos. El sabe, y lo sabe bien, que solo el que le dio la vida puede disponer de su existencia: él sabe, y sabe bien, que ofendería al autor de su ser, que contrariaría las intenciones de la naturaleza y las de la sociedad si atentase contra su vida. Bien lejos, jóvenes, de ser un heroísmo el suicidio, es una verdadera cobardía. ¿Podrá llamarse héroe el que no ha podido sobrevivir a una desgracia? ¿Podrá ser héroe el que no tiene valor para sobrellevar los insultos y baldones de un enemigo cruel, bárbaro, estúpido y sanguinario? En conclusión, no hay caso en que nos sea lícito el suicidio, y nosotros jamás podemos, sin ofender al Creador, destruir la obra de sus manos.

2 J. J. Rousseau.

La gloria militar es el resultado de una conducta constante y religiosamente ajustada a los principios que prescribe el honor. ¿Pero en qué consiste esa gloria? Todos hablan de gloria y ninguno la define. En todos los libros se leen estas y otras frases semejantes, tan vagas como sonoras: *sólida gloria, gloria inmortal, gloria verdadera, acciones gloriosas*. Mas ¿qué es gloria? Oídme jóvenes, con toda vuestra atención, porque la materia es importante. *La gloria en general es el testimonio de nuestra conciencia, que nos dice: habéis obrado bien y habéis llenado todos los deberes que os imponen Dios, la naturaleza y la Patria. La gloria militar en particular es el testimonio de la conciencia, que dice al soldado: has obrado bien, has llenado todos los deberes de la profesión ilustre, nada has omitido para defender la Patria: estudio, celo, valor, combinación, actividad, todos los resortes, todos los medios de vencer al enemigo los has puesto en movimiento: goza pues ahora, sí, goza de este dulce consuelo, la más grande de todas las recompensas debidas a la 'virtud y al mérito'*³. “Sí, nuestra gloria es el testimonio de nuestra propia conciencia”⁴. Estas dos palabras de uno de los mayores hombres de que puede gloriarse el cristianismo, y cuyos escritos inmortales hacen parte del código sagrado, valen más que todos los discursos de los filósofos antiguos y modernos. ¡Cuántos delirios sobre la gloria! ¡Cuántos escritos para buscar la verdad! Este filósofo nos dice que la gloria de un héroe es el reconocimiento público; aquel que consiste en ver su nombre escrito en todas las páginas de la historia; ese otro, en monumentos, en arcos triunfales, en estatuas, para vivir en la posteridad; otro, en fin, nos asegura que las aclamaciones, las recompensas, los puestos elevados, las distinciones de honor y las riquezas hacen la felicidad y la gloria de los guerreros victoriosos. Pero, jóvenes, todos esos filósofos se engañan. La gloria militar es la recompensa de la virtud, y a la virtud no la pueden recompensar monumentos perecederos, que desaparecen como la sombra, y que están bajo el imperio de los siglos y del tiempo. La virtud es eterna, y su recompensa debe igualar a su duración. ¿Cómo, la virtud pura y sin mancha, la virtud en que se complace el ser eterno, y que es el objeto de las inteligencias celestiales, la virtud que descendió de las alturas, ha-

3 Bien sabemos que esta definición no agrada a muchos que creen que la gloria consiste en el placer que percibimos y al que hemos adquirido una brillante reputación; que es la complacencia que sentimos cuando nos vemos admirados y elogiados de los otros, lo que produce elación de espíritu, orgullo, hinchazón de corazón, que tanto lisonjea el amor propio. Sí, a la verdad esta también es gloria, pero VANA e indigna de los militares virtuosos como Turena.

4 SAN PABLO.

bía de tener por digna recompensa un poco de bronce, una piedra, una inscripción, un libro, la plata, el oro y todas las riquezas del universo? No, recompensas más duraderas, recompensas tan inmortales como la virtud, son las que le están preparadas al hombre que, sacrificando todo su ser, ha salvado a su patria y en ella a sus conciudadanos. El dulce testimonio de su conciencia, el dulce sentimiento interior de haber llenado todos sus deberes a los ojos de Dios y de los hombres, el placer sublime de verse autor de tantos bienes, ese júbilo puro y sin mezcla, que más parece un principio de bienaventuranza que un sentimiento humano, la paz, el consuelo, la serenidad del corazón, un corazón anegado en las delicias de la virtud, que solo pueden conocer y sentir las almas justas, esta es la recompensa verdadera del héroe, y esta debe ser el objeto perpetuo de sus deseos y de sus fatigas militares. Sombra respetable de Turena, Turena virtuoso, tú que tantas veces salvaste a tu patria, tú que tantas veces victorioso hiciste temblar a las potencias enemigas de la Francia, yo te invoco en este momento. ¿No es cierto que el ídolo de tu corazón fue siempre la virtud? ¿No es cierto que, satisfecho con el testimonio de tu conciencia, de que hacías la esencia de tu gloria, huías de las aclamaciones en los triunfos? Grande en las batallas, pero aún más grande en la modestia, en la humildad, en la moderación de ti mismo. Jóvenes, este es vuestro modelo, estudiadlo y haced esfuerzos generosos para imitar sus virtudes. Su nombre, arriado de todos los guerreros, llena la tierra, porque Dios sabe elevar a los humildes y los sabe cubrir de gloria en todas las generaciones.

Así como hay un honor falso, hay una gloria falsa. El General que obra más por su reputación que por su patria, que ama más las aclamaciones, las estatuas, los monumentos y la fama que salvar a sus conciudadanos; que subordinándolo todo a su ambición sacrifica al soldado, precipita las operaciones de la guerra con atolondramiento y con furor; que sin circunspección y sin prudencia ataca contra fuerzas superiores puntos difíciles, derramando torrentes de sangre por un ramo de laurel, este General no solo no tiene gloria sino que a los ojos de la justicia es responsable a Dios y a su nación, en el seno mismo de la victoria, de la vida de los soldados que ha sacrificado a su loca vanidad. ¡Cuántos remordimientos no deben despedazar su corazón! El querrá huir de sí mismo, él procurará acallar el testimonio de su conciencia, que formando su suplicio le dice: ¡Insensato! ¡Por saciar tu orgullo has degollado

con crueldad a tus hermanos, y has expuesto la gloria y la felicidad de tu nación! ¡Bárbaro! ¡Qué! ¿Pensabas vivir en la posteridad al lado de los grandes Capitanes? Sí, vivirás en efecto, pero para contrastar las grandes virtudes de aquellos héroes con tus vicios; sí, vivirás para merecer el desprecio y el odio de todas las generaciones; sí, la historia imparcial te pasará de siglo en siglo para mostrar a todas las naciones tu orgullo, tu vanidad y tus errores. ¡Oh, jóvenes! grabad profundamente en vuestros corazones estas últimas cláusulas. No busquéis con precipitación y con ansia de gloria militar; caminad con firmeza sobre las huellas que os dejaron Turena, Condé...; practicad siempre la virtud; cumplid siempre con los deberes que os impone vuestra profesión, y dejad que la gloria venga por sí misma y cuando la ocasión se presente.

Este era el consejo que daba el gran Bossuet a los Generales de su tiempo, y este el que el ilustre Fenelón dio al Duque de Borgoña, su discípulo: *guardaos bien, le dice, de buscar la gloria con impaciencia. El verdadero modo de hallarla es esperar tranquilamente la ocasión*⁵.

Para llenar dignamente las obligaciones delicadas de vuestra profesión necesitáis, jóvenes, del VALOR MILITAR. El valor es una virtud capital en el soldado, virtud que debe alimentar y practicar en todos los momentos de la vida. Soldado y valor, voces sinónimas, tan estrechamente unidas entre sí, que no se puede nombrar la una sin traer a la memoria la otra. Un soldado sin valor es el objeto más despreciable de la sociedad. Antes sobrellevarían los hombres con paciencia a un magistrado sin probidad, a un político sin la ciencia del corazón, que a un militar pusilánime y cobarde, porque In patria está vendida en sus manos, y solo le falta la ocasión para entregarla a las llamas y al furor de sus enemigos. Oídme, jóvenes militares, con toda vuestra atención, y aprended en que consiste el valor y como es una virtud.

El valor militar es aquella fuerza de corazón o de espíritu con que arrostramos todos los peligros, es aquel vigor enérgico y sublime con que nos sacrificamos enteros a la gloria y a la felicidad de la patria. Este es el Único valor y el Único que os podrá dar una gloria sólida y el reconocimiento de vuestros conciudadanos. Para que el valor militar sea una virtud es necesario que diste

5 TELÉMACO, libro 59.

tanto de la cobardía como de la temeridad. El temerario se arroja sin examen, jamás consulta las fuerzas del enemigo, jamás calcula sobre los resultados de su empresa ni sobre las ventajas que debe esperar su patria del sacrificio de su vida. Fogoso, atolondrado y no valiente, consultando a su humor y no a la común utilidad, es víctima de su furor y de su imprudencia, es más bien un suicida que un héroe, es un insensato que desprecia la vida, es una bestia feroz que quiere nadar en sangre y que solo es animado por un ardor, mecánico y brutal. El verdadero valiente, al contrario, es circunspecto, medita, va, viene, da mil vueltas alrededor de sí antes de arrojar en el peligro; pero así que ha tornado su partido, así que ha visto que sus sacrificios son necesarios y ventajosos a la patria, nada le detiene, todo lo arrostra, pero lo arrostra a sangre fría y con un ánimo sereno. Poseyéndose siempre a sí mismo, dueño de su corazón, jamás se turba; aprovecha las ocasiones y los errores del enemigo, y si tiene mando da Órdenes oportunas y sabias que le aseguran la victoria. Reuniendo el ardor del soldado a la prudencia y al discernimiento de un general, tiene presencia de espíritu, moderación, y si queréis, paz y tranquilidad en medio de las batallas. Jamás deja su puesto, jamás turba el orden, jamás se deja poseer de aquella loca ambición de señalarse con temeridad, saliendo de los preceptos de sus jefes. Primero se dejaría degollar que exponer la seguridad o alterar la disciplina. Ama más a su patria que a sí mismo; ama más la gloria de su nación que la suya propia, y todos los golpes de su espada, todas las miras de su genio marcial no tienen otro objeto ni otro fin, que la patria, la felicidad de la patria, y la patria es ídolo a quien sacrifica todo su ser y su existencia.

¡Oh jóvenes! oídme bien, os repito. Antes de arrojaros en los peligros, prevedlos, calculadlos, temedlos; pero cuando la Providencia os ponga en media de ellos, cuando el honor y la virtud os manden ir a buscarlos, entonces elevad vuestra alma, despreciadlos todos y manifestad un corazón más grande que todos los males y que todos los peligros. Que nada os altere: inflamaos con la esperanza de la gloria futura; atacad, herid, degollad; haced correr ríos de sangre enemiga, y sostened con acciones generosas una alta reputación de valor sensato y verdadero; pereced más bien en el combate antes que sobrevivir al oprobio que arrastra tras sí la cobardía. Pero aun degollando al enemigo de la patria conservad siempre moderación, humanidad, justicia; conservad siempre el imperio de nosotros mismos, y sabed ser generosos y por tanto grandes con vuestro

enemigo. Acordaos en los transportes de la victoria que el rendido, el prisionero, el moribundo han dejado ya de ser vuestros enemigos; acordaos que son vuestros hermanos, y desplegad con mano liberal todos los oficios que dicta la compasión y manda el evangelio: que no salga de vuestra boca ninguna palabra injuriosa; no les deis en el rostro con su debilidad y su derrota; temblad, jóvenes, de añadir amargura al afligido. Demasiado ha castigado ya su temeridad vuestra espada victoriosa en el campo de batalla: ahora enjugad sus lágrimas, suavizad su suerte desgraciada y haced, por una conducta generosa, que esos mismos a quienes aterrasteis en el combate admiren después vuestra clemencia y vuestra humanidad. Arrancad a fuerza las bondades del dulce reconocimiento de unos corazones abatidos; aplicad vosotros mismos el bálsamo y la venda a las heridas que hicieron vuestras manos. ¡Ah, jóvenes! ¡Que grandes apareceréis a los ojos de los vencidos! ¡Que grandes a los ojos de la razón y de la virtud! Si fuisteis héroes en el campo de batalla venciendo, seréis más que hombres cuando consoléis a los cautivos. No olvidéis jamás que la verdadera grandeza consiste en ser humanos, dulces, compasivos con los desgraciados.

¡Dichosos si aprendéis bien esta lección! ¡Más dichosos todavía si la practicáis en todas las ocasiones de la vida! Dichoso yo también si en algo he contribuido con mis lecciones para haceros humanos y virtuosos!

Todas las cualidades militares, por brillantes que fuesen en vosotros, se marchitarían, jóvenes, si os faltase la fidelidad a vuestra patria. ¿Qué cosa más negra que la traición? ¿Qué cosa más distante del honor militar? Apartad de vosotros hasta la idea de este crimen abominable: sed fieles, si jóvenes, sed fieles a vuestros juramentos y pedid antes un rayo al cielo que faltar a las promesas sagradas que habéis hecho a la patria. La patria es una madre tierna en cuyo regazo crecéis para volverla, en edad más avanzada servicios importantes. Faltarla sería faltar al reconocimiento; faltarla sería clavar el puñal en su pecho generoso. Nadie os puede disolver los vínculos que tenéis contraídos con la patria, y nada puede excusar una traición. Vivid, jóvenes, vivid siempre fieles a la patria; marchad al enemigo, atacadlo, vencedlo para salvar la patria; recibid heridas, expirad si es preciso, en la batalla, para salvar esta misma patria. ¡Que dulce es morir fielmente por la patria! ¡Que dulce es regar sus fronteras con nuestra sangre! ¡Que dulce es dejar tan bello ejemplo a

sus conciudadanos! Acordaos del joven Salazar, vuestro compatriota, y tal vez vuestro compañero.

¡Ah! ¡Qué gloria cubre su nombre! ¡Qué ejemplo el que os deja al bajar al sepulcro! ¿Pensáis que ha muerto? No, él vive en nuestros corazones, y la patria, llorosa, ha manifestado su ternura eternizando la memoria de este hijo querido.

Se dice comúnmente que el soldado es esencialmente obediente, y se dice bien. *La ciega obediencia* a los jefes es el origen del orden y del acierto en guarnición y en campaña. ¿Qué puede esperarse de un ejército en que el General no cuenta con la docilidad de sus subalternos, y que no está seguro de ser obedecido? La más ligera falta en la obediencia trastorna el plan más bien concertado y origina desórdenes y males incalculables. Manda un General, por ejemplo, ocupar tal eminencias y tomar tal desfilaro, providencia esencial y sobre que apoya los grandes movimientos del centro y de las alas: si el oficial destinado para esta operación es tan temerario que falta a la obediencia, entonces el flanco se halla descubier-to, el centro dominado, la derecha envuelta, y la derrota es el resultado necesario de la falta de este oficial inobediente. A la derrota sigue la sangre de tantos infelices inútilmente derramada, el armamento perdido, los laureles marchitados y la patria a dos dedos de su ruina. ¿Con qué pena se puede castigar este crimen? Jóvenes, obedeced siempre a vuestros jefes, aun cuando lo que os manden os parezca contrario a vuestra experiencia y a vuestras luces. Vuestras vidas, vuestra gloria, vuestro honor, vuestra patria, todo os manda imperiosamente obedecer en silencio y sin murmuraciones. Jamás, jamás censuréis las providencias de vuestro General: no tengáis jamás la loca vanidad de creeros más sabios, más profundos, más experimentados que los Capitanes que han encanecido en los ejércitos. Suponed siempre que en el jefe hay luces que vosotros no tenéis, que el jefe tiene miras a que vosotros no alcanzáis, y que solo os toca obedecer. Acordaos que vosotros jamás responderéis de la suerte de una campana, y que siempre debéis responder de vuestra sumisión y obediencia. Yo quiero, jóvenes, copiaros aquí las palabras de un oficial de mérito, que paso sus días en el servicio y que, mejor que nadie, conocía las malas consecuencias, no digo de una desobediencia abierta, sino aun

de las murmuraciones de los subalternos respecto a sus superiores⁶: “El oficial particular, dice, y aun el simple soldado juzgan de las operaciones de sus jefes, y raciocinan conforme a sus ideas: deciden y condenan sin profundizar y sin saber los motivos que hacen obrar al General. Este defecto, que puede llamarse un vicio, es de los mayores que existen en los ejércitos. Si las maniobras que se les hacen ejecutar no se conforman con sus ideas, es de temer que se disminuya la confianza, que la obediencia no sea entera, y que sea seguida de las murmuraciones, relajando la disciplina. La armada más numerosa, la más valiente y la más bella, que habría hecho conquistas asombrosas si no hubiera tenido murmuradores y constituido un todo perfecto y sumiso, no es ya a la verdad sino una reunión de hombres valerosos, pero cuyas fuerzas se han evaporado por la desunión de las partes”.

El secreto, dice el ilustre Arzobispo de Cambrai, es el fundamento de la conducta más sabia, y sin el que todos los talentos son inútiles⁷. Si el silencio y la reserva son tan necesarios en todas las condiciones y en todos los estados, lo son aún más en la profesión militar. El secreto, dice Turpin de Criss, *es uno de los puntos más esenciales en la guerra: de él depende en gran parte el acierto de las empresas cuando son bien concebidas y manejadas con destreza*⁸. El oficial a quien el General descubre reservadamente un movimiento para su ejecución, le presenta una parte de su plan y deposita en su pecho un secreto sagrado de que depende la suerte del ejército y de la patria. ¡Qué honor! Mas, ¡qué crimen revelarlo! El soldado que no sabe callar es semejante a un borracho que lanza cuanto ha bebido; es indigno de la noble profesión que obtiene, y solo merece el desprecio de todos los hombres de bien. Jóvenes, acostumbraos desde ahora a callar, *y que vuestro corazón sea un pozo profundo, de donde no se pueda sacar el secreto que se os confió*⁹. Advertid que el hombre que habla demasiado, que nada reserva, que tiene en sus labios todo el interior de su pecho, es como una plaza abierta, que se le puede atacar por todas partes; es un insensato que pone el puñal en manos de sus enemigos; es un vaso sin fondo, que nada retiene y que para nada sirve. Refrenad vuestra lengua y despreciad

6 TURPIN DE CRISSE, tomo I, Comentarios.

7 TELÉMACO, libro 1.

8 Comentarios, tomo II, página 9.

9 FENELÓN, libro 10.

esa satisfacción pueril de la locuacidad, que os degradara siempre a los ojos de los hombres cuerdos.

LA PACIENCIA MILITAR es aquella fuerza de espíritu para sobrellevar sin abatimiento y sin debilidad los reveses y los ultrajes de la fortuna... He hablado mal, debo decir las amarguras, las aflicciones con que el Señor de los ejércitos quiere probarnos, purificarnos y elevarnos, porque este Dios sabe elevar por las humillaciones. La paciencia nos hace dueños de nosotros mismos, y con ella poseemos nuestro corazón; la paciencia nos deja esta libertad de espíritu para combinar y para elegir el partido más conveniente en las extremidades afflictivas; la paciencia nos sostiene, no nos deja caer en ese desfallecimiento vergonzoso que parece desesperación. Que granice, que truene, que la sed, el hambre, la desnudez le opriman; que marche sobre las arenas abrasadoras de la Libia o sobre los hielos de la Laponia, firme e inalterable el soldado paciente, conservara tranquilidad interior y un semblante risueño, vencera los elementos y adquirirá gloria; si, gloria, porque *la gloria no es debida sino a un corazón que sabe sufrir los trabajos y despreciar los placeres*¹⁰.

Jóvenes, más grandeza de alma se necesita para sufrir con paciencia las privaciones frecuentes de una campaña, el mal humor y la delicadeza de los compañeros, las durezas y sinrazones de los jefes, que para arrostrar al enemigo, atacarlo y vencerlo. Vosotros veréis en los ejércitos adonde os mande vuestra patria, soldados que han saltado una trinchera, tornado una batería formidable, que mil veces han expuesto generosamente su vida, los veréis también cubiertos de cicatrices gloriosas, y mutilados sus miembros por la mano enemiga; pero veréis pocos tal vez no veréis uno que olvidado o pospuesto no murmure con rabia o con despecho; no veréis uno que no deteste la carrera de las armas y aun conciba proyectos temerarios para vengarse de un jefe orgulloso y duro; en una palabra, no veréis uno que sea digno de la gloria por la paciencia, habiendo muchos que lo son por el valor. La paciencia fue el objeto favorito de todos los filósofos de la antigüedad; ellos conocían que sin paciencia el hombre es una fiera temible, capaz de todos los excesos como de todas las bajezas. Un corazón impaciente es una bomba pronta a estallar a la más pequeña chispa que la toque, es la caja de Pandora que abriga todos los males y

10 FENELÓN, libro I.

que derrama el veneno que oculta, a la más ligera resistencia. ¡Qué debilidad! ¿Y se creará héroe el soldado que victorias en el campo de batalla no puede llevar con paciencia, a la sombra de su tienda, una burla picante de su camarada? Imbécil, miserable y pueril es el hombre que no sabe sufrir con paciencia las adversidades de su vida.

EL CELO es tan necesario al soldado como la paciencia. Desde el tambor hasta el General, todos necesitan de esta virtud activa y generosa, que da vida a todas las operaciones militares, con solo una diferencia: que la actividad y el fervor crecen en razón del grado y de la autoridad. El simple soldado será exacto y celoso si hace bien sus centinelas, si maniobra con destreza y si cumple las órdenes de los jefes; el oficial que circunscribiese su celo a este pequeño círculo, será un mal oficial, porque sus obligaciones crecen a proporción que se eleva sobre los demás. ¿Qué diremos del celo de un General? Cuanto más grandes, más delicadas y difíciles son sus obligaciones tanto más activo e infatigable debe ser su celo. El soldado vela solamente sobre su persona, el sargento sobre su escuadra, el Capitán sobre su compañía... ¡y el General sobre su ejército! La suerte de diez, de veinte, de cincuenta, de doscientos mil hombres está en sus manos. ¡Qué actividad no exige su dirección y su gobierno! Estudiad, jóvenes, vuestras obligaciones presentes y llenadlas con celo. Cuando la patria premie vuestros conocimientos y vuestras virtudes, cuando os vayáis elevando por los grados militares, sabed que dilatando vuestra autoridad, se dilatan también vuestras obligaciones: estudiadlas, cumplidlas con celo ardiente. El soldado sin celo es una maza pesada que no se mueve sino a golpes, come las aguas sin declive, que no corren, que se estancan, que se corrompen, que lejos de servir a los usos de la vida envenenan al desgraciado que las toma. Desgraciado el Estado que confía el mando de sus fuerzas a un General en quien falta esta virtud: él pagará caramente su imprudencia; él verá relajarse el orden, perderse la disciplina; él verá que la cobardía, la pereza, el ocio, la voluptuosidad, el juego, la embriaguez y todos los vicios se apoderan con la rapidez de la llama de todo el ejército; él verá que un puñado de hombres activos y virtuosos degollarán sus tropas, aunque numerosas; él, en fin, verá disolver todas sus partes y terminare por extender sus brazos pares que le remache las cadenas el vencedor. Jóvenes, acordaos de Leónidas, de las Termópilas, de Jerjes, y concluid que el celo militar es esencial en todos los hombres de guerra.

El celo debe ir acompañado de *vigilancia* para que obre todos sus efectos saludables. El buen soldado vela sobre sí mismo primero, para poder velar después sobre sus subalternos. El que falta a sus deberes o los pospone, el que descuida, no puede exigir *vigilancia* de los demás. Es necesario enseñar con el ejemplo. ¿No provoca nuestra risa oír aconsejar la sobriedad al glotón y la moderación al ambicioso? Tal es el primer sentimiento de nuestro corazón para con el hombre corrompido que nos exhorta a la virtud. La burla seguida del desprecio y de la indignación son los efectos naturales de un criminal que nos reprende sus propios delitos. El inferior calla, es verdad, ¿pero qué dice en el silencio de su pecho? ¡Infame! Repite en el mismo momento. ¡Infame! ¿Ultrajas la virtud y nos exhortas a amarla? ¿Duermes tranquilo bajo de tu tienda y quieres que nosotros velemos sobre el enemigo? Te entregas al ocio, al juego y otros vicios vergonzosos, ¿y hemos de velar nosotros sobre la trinchera? ¡Jóvenes, antes de mandar dad el ejemplo! ¿Se trata de levantar una batería? Tomad vosotros los primeros la azada, y después mandad con toda la autoridad de vuestro grado, y seréis obedecidos sin replica. ¿Se verifica una marcha difícil? Id vosotros delante, sed los primeros en los sufrimientos y tendréis soldados obedientes y fieles. Velad más sobre vuestras operaciones que sobre las de vuestros inferiores, bien persuadidos que nunca daréis más impulso y energía a las operaciones bélicas, que cuando arenguéis a vuestros soldados, no con palabras sino con el ejemplo. Si aborrecéis el trabajo y los peligros, no esperéis que vuestra tropa los arrostre; si dormís a la sombra del pabellón, no creáis que el subalterno vele, por más que exhortéis, amenacéis y aun castiguéis. Pero si sois los primeros en las fatigas, ¿qué soldado dejare de acompañaros? Todo se reanima, todo adquiere un calor y una energía indecibles si el superior obra el primero.

Sin *vigilancia* es perdido un ejército. ¿Cuántos sabios Generales no han sido batidos por solo esta falta? Si yo os abriese ahora los anales de la historia, vosotros veríais que Federico mismo, el guerrero del siglo xviii, fue sorprendido en su propio campamento, y que apercibió al enemigo cuando la bala de un cañon rompía las tiendas de su ejército. Es verdad que en esta ocasión se salvó por su admirable disciplina; ¿pero en que peligro no peso a la Prusia este pequeño descuido? Si alguna vez tenéis mando, jóvenes, si os halláis al frente del enemigo, velad sin cansaros, velad de día y de noche, que ningún otro objeto os ocupe fuera de la

observación del enemigo, para penetrar sus intenciones y para que en ningún momento os halle desprevenidos.

Nada perjudica tanto al buen éxito de una campaña, como las exageraciones, en más o menos, de las fuerzas que tiene el enemigo, de su actividad, de sus marchas, de sus empresas... Un parte mal dado puede hacer variar todo un plan, y puede perder un ejército. La verdad desnuda, jóvenes, la verdad pura no debe faltar jamás de vuestros labios; dejad el entusiasmo y las frases pomposas y floridas a los oradores y a los poetas; vosotros, militares, hablad siempre la verdad con la simplicidad de niños, y cuando deis vuestros partes sea a sangre fría, pintando con la pluma de lo que vuestros ojos han visto; no añadáis nada, no quitéis; que vuestro amor propio no se mezcle en el servicio, y que no caigáis jamás en la tentación de exagerar los peligros por aumentar vuestros padecimientos y méritos. La verdad pura, os repito, no debe faltar vuestros labios. *Basta que la mentira sea mentira, para que sea indigna de un hombre que habla en presencia del Señor, y que todo se deba a la verdad. El que ofende a la verdad, injuria a la Divinidad y se injuria a sí mismo, porque habla contra su conciencia*¹¹. ¿Qué honor puede tener el militar que ha llegado a degradarse hasta mentir? Indigno, no digo de la ilustre profesión de las armas, sino indigno de contarse en el número de los hombres. Bajo, infame, abominable, solo merece el oprobio del género humano, a quien deshonra. Huid, huid, jóvenes, de este vicio detestable, huid de toda exageración, huid de toda ambigüedad, y decid con valor la verdad, aun cuando sea contra vosotros mismos. Si confesáis vuestras faltas por amor a la verdad, con solo este acto de virtud generosa habréis desarmado a vuestros jefes: ellos os perdonarán con indulgencia, y lo que es más, ellos os amarán, porque la virtud no se puede ver sin ser amada.

No oigáis nunca con pesar los elogios dados a vuestros compañeros de armas, por sus bellas acciones; elogiadlas vosotros también, pero elogiadlas con discernimiento y con justicia, para no dar en el vicio opuesto, queriendo huir del primero. Elogiar sin medida pequeñas cosas con grandes palabras, es ligereza, es lisonja, es mentir. Cuando deis vuestros partes militares después de una acción gloriosa, recomendad el mérito verdadero con energía; dada todos lo que les toca de la gloria, con una

11 FENELÓN, libro I.

fidelidad escrupulosa, y no olvidéis otras cosas que vuestras acciones. No digáis jamás nada de vosotros mismos, y abandonad este cuidado al soldado, a la fama y a la fuerza de la verdad. Vuestra virtud debe recomendarse por sí misma y no por vuestra pluma. No habléis jamás de vuestros méritos: el que habla de sí mismo ventajosamente, es un monstruo de vanidad y de impudencia, en quien se han extinguido todos los sentimientos de la modestia. No oigáis tampoco con paciencia los elogios que quieran daros vuestros inferiores; cortad, tapad la boca que tenga la indiscreción y el atrevimiento de elogiaros en vuestra presencia. Un elogio descarado y directo es un insulto, y no se puede corresponder sino con el desprecio. Temed, por otra parte, temed, que estos elogios no sean sinceros sino adulaciones viles, que van a corromper vuestro carácter y vuestro corazón. Detestad la adulación, así para recibirla como para darla: el que tiene la debilidad de recibirla es como una caña que la doblega a todas partes el más ligero viento; el que la da es un impostor y el más vil de todos los hombres.

Ninguno puede ser grande en una profesión sin amarla. Amad la vuestra y hacedla amar de vuestros conciudadanos por una conducta noble, dulce y virtuosa. Apreciad a vuestros compañeros y honrad a todos los que llevan el distintivo de defensores de la patria. No os imaginéis, como lo hacen algunos oficiales orgullosos, que el simple soldado es un ser tan inferior que no se puede comparar con ellos. No, jóvenes, no, el soldado tiene el mismo destino, la misma gloria: es a la verdad un ser obediente; pero es la esperanza de su patria, es hombre, y con solo esto merece los respetos del mismo General. Cuando seáis oficiales no degradéis al soldado, no lo envilezcáis con vuestro trato y con vuestros desprecios, y sabed que envileciéndolo envilecéis vuestra profesión y arrancáis, con traición a vuestra patria, del corazón del soldado, todos los sentimientos elevados y generosos que pueden producir grandes acciones. El soldado es vuestro compañero, el soldado corre vuestros peligros, y él es el juez incorruptible y el testigo de vuestro valor. Si falta a sus deberes, castigadlo con toda la severidad de las leyes militares, pero sin mal humor, sin ultrajes y sin injurias. Desterrad ese *palo* infame que hasta ahora se ha usado entre nosotros con oprobio de la más noble de todas las profesiones. Me lleno de indignación cuando me acuerdo que hay oficiales que, olvidando lo que se deben a sí mismos y lo que deben al hombre, castigan públicamente la menor falta en una evolución,

con este instrumento degradante. Así insultan a la faz de los pueblos a los defensores de la patria. ¿Qué idea concebirán estos de unos hombres tan bajamente envilecidos por los mismos que debían inspirarles honor y la elevación de pensamientos? ¿Qué idea formara de sí mismo y de su profesión el soldado que se ve ultrajado como un delincuente, en la mitad de una plaza? Y después de estos baldones ¿se le exigirá heroísmo y sentimientos al frente del enemigo? ¿Se pedirá el sacrificio generoso de su vida a un autómatas envilecido y degradado hasta confundirlo con los brutos? Lejos de rebajar el espíritu del soldado con unos tratamientos tan indecorosos, debéis, jóvenes, elevarlo y hacerle concebir una alta idea de su profesión y del destino glorioso a que le consagra la sociedad; debéis exhortarlo a obrar conforme al honor; debéis, y esto es lo esencial, hacer aprecio del soldado, agasajar al exacto en el cumplimiento de sus obligaciones; admirar las cicatrices de las heridas recibidas en el campo de batalla, mostrarlas a los demás y recomendar su imitación; distinguid al veterano aguerrido y miradlo como un resto precioso en que apoya la patria el orden, la disciplina y la victoria; conversad con frecuencia con estos hombres respetables; hacedles contar sus campanas y sus proezas, y vosotros, instruyéndoos en circunstancias que no están en la historia, recibiréis lecciones importantes. Amad al soldado, miradlo como vuestro amigo, socorredlo y consoladlo. Vosotros llenareis un deber, y el fruto de esta virtud será hacerlos amables.

Notad bien, jóvenes, estas dos últimas palabras: hacerlos amables. ¡Ah! El celo, la vigilancia, la paciencia... todas las virtudes militares os van a ser insuficientes en los críticos momentos de una batalla, si vuestros soldados no os aman, y si no tienen un interés en vuestra conservación y en vuestra gloria. Una conducta orgullosa y dura, que desprecia, que mira con desdén y aun con olvido la suerte del subalterno, os atraerá infaliblemente el odio de vuestras tropas. Una conducta dulce, moderada, benéfica, oficiosa, sin dejar jamás la dignidad del oficial, es la Única que os asegurará el respeto y el amor del soldado. Algunos insensatos, o crueles por carácter, creen que el terror, la severidad, el castigo, los calabozos y el suplicio les aseguran su autoridad y les dan un ascendiente poderoso sabrá la tropa. Sí es verdad que a su voz todos callan, todos marchan, para evitar los ultrajes que les amenazan de cerca; ¿pero con que disposición de corazón? La rabia, el odio, un despecho secreto, son los sentimientos en que reboza el alma del soldado, y solo espera el

momento favorable para deshacerse de su opresor. Jóvenes, para hacerse temer no se necesitan talentos, no virtudes: los tigres hacen temblar las selvas, y los Nerones y Calígulas solo necesitaron de vicios para aterrar al Universo. *¡Qué máxima tan detestable es la de creer hallar su severidad en la opresión de los pueblos! ¡No ilustrarlos, no inclinarlos a la virtud, no hacerse amar, llevarlos por el terror hasta la desesperación, ponerlos en la espantosa necesidad, o de no poder jamás respirar en libertad, o de sacudir el yugo de vuestra tiránica dominación! ¿Es este el verdadero medio de mandar sin turbación? ¿Es este el camino que lleva a la gloria?*¹². No, jóvenes militares, no; yo os aconsejo todo lo contrario, y os digo con un grande hombre: *“Dichoso el oficial que hace, la felicidad de sus soldados, y que liana la suya propia en una conducta moderada y virtuosa; el los liga con un lazo cien veces más fuerte que el del terror: este es el amor. No solo le obedecen sino que le obedecen amándolo, el reina en sus corazones, y bien lejos de pensar en deshacerse de su jefe, temen perderle y sacrificaran su vida por él”*¹³.

No temáis jamás, jóvenes, que la severidad de los castigos, el celo por el orden y por la disciplina debiliten en el corazón del soldado el amor de sus jefes. El soldado distingue bien la justicia de la crueldad, el mal humor de la razón, la impetuosidad del celo y la virtud del vicio. El soldado distingue mejor que nadie las grandes virtudes de Epaminondas de los vicios de Temístocles; admira la clemencia de Alejandro con Sisigambis, y los detesta cuando clava el puñal en el seno de sus amigos. El amor del orden, el respeto a las leyes os hará mirar siempre con sumisión de vuestros inferiores, los que, admirando vuestra firmeza, elogiarán siempre vuestra humanidad, vuestra dulzura y vuestras bondades.

Si a todos los hombres conviene ser desinteresados, con superioridad de razón lo deben ser los hombres de guerra, que solo viven, que solo respiran honor y elevación de sentimientos en todas las operaciones de la vida. ¿Qué cosa más sórdida, más limitada, más baja que el amor de las riquezas? La avaricia es una fuente fecunda de vicios abominables, vicios incompatibles, no digo con la naturaleza de vuestra profesión, pero aun con la honradez del hombre más oscuro de la sociedad. La avaricia comenzará por sembrar en vuestro corazón la desconfianza, será seguida de las sospechas, de las inquietudes, de los manejos bajos, de las vilezas,

12 FENELÓN, libro 6°.

13 FENELÓN, libro 19.

de la crueldad y de todos los delitos. Desgraciado el hombre que dio entrada en su alma a esta hidra detestable: él es infeliz y hace infelices a cuantos le rodean. No conoce la paz, los placeres inocentes, la dulce amistad, y lo que es más, no puede sentir el gozo inefable de hacer bien, gozo que el cielo reserve solamente para aquellas almas privilegiadas que pisan el oro y las riquezas. Acordaos, jóvenes, de Epaminondas, sobre quien nada pudo el oro de los persas, y que pobre, modesto, prefirió la virtud pura a todas las grandezas del Asia. Este tebano, que hizo temblar a Lacedemonia, que elevó su patria a un rango inesperado, que fue la admiración de su siglo y que hoy es el modelo de los grandes Capitanes, no tenía dos mantos. Acordaos que Curio, Fabricio, los vencedores de Pirro, comían en platos de greda; acordaos de Camilo, de Cincinato, Régulo, Emilio... Acordaos que la moderación y la inocencia de los Generales fueron la admiración de todos los pueblos que vencieron¹⁴. Estos son, jóvenes, vuestros modelos; estudiadlos, llenos de las mismas máximas que llevaron sus corazones cuando vivos; despreciad las riquezas que corrompen el alma; amad la pobreza, la santa pobreza, esta pobreza que os hará justos, nobles y virtuosos, y la única que puede haceros independientes y libres.

Jamás, jóvenes, desesperéis de la salud de vuestra patria, sea la que fuere la extremidad en que se hallen sus armas y sus tropas. Un corazón más grande que todos los peligros y una alma firme, incontrastable, incapaz de ceder a los reveses de la guerra, debe sosteneros en todos los momentos de vuestra vida. Vuestra firmeza debe ser el baluarte más robusto del Estado, y debe ser más temido de los enemigos de la patria que el canon y la espada. Esta virtud padece a los héroes y distingue a los grandes Generales de los comunes y adocenados; esta virtud os mantendrá con dignidad bajo la cuchilla del enemigo, y os dares triunfos en el seno mismo de las derrotas. Ved en la historia del pueblo romano la gloria de Terencio Varro, desbaratado, sí, desbaratado por los enemigos, pero que jamás desesperó de la causa de la República. *Vencer o morir*: he aquí la divisa de Roma; he aquí la vuestra. Manteneos en los grandes reveses con un corazón más firme que en las prosperidades; no os abatáis en las desgracias; no os aterréis en los infortunios; a un corazón heroico

14 BOSSUET, Historia Universal.

no le faltan recursos, y sabe reponer lo perdido con nuevos resplandores de gloria. Grandes en la adversidad, modestos en la fortuna prosperará, mantened siempre un alma igual y digna de un soldado generoso y firme.

Sed modestos en vuestro vestido: que nada os falte de lo que prescribe la ordenanza en vuestros uniformes, pero que nada os sobre. Huid de toda afectación y de todo lo que indique esmero y un cuidado excesivo por la moda. *El joven que ama* —dice Fenelón— *adornarse como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria: la gloria no es debida sino al corazón que sabe hollar los placeres y sufrir con firmeza los trabajos.* No os ocupéis del corte de vuestra casaca, ni del aire con que debéis llevar el sombrero; vuestras almas están destinadas a cosas más dignas y más elevadas: patria, honor, virtudes, vastos conocimientos en el arte de la guerra... he aquí lo que os debe ocupar y a lo que debéis aspirar con todas vuestras fuerzas.

Que en vuestra mesa refine la frugalidad, que vuestros alimentos sean sencillos, sanos, sustanciosos: así conservareis vuestras fuerzas y una salud robusta; no os envenenareis con esas composiciones exquisitas que no producen otra cosa que enfermedad, molicie y delicadeza, cualidades todas ajenas del hombre que por profesión debe ser vigoroso, y saber sufrir con alegría todas las privaciones de una campaña.

Que vuestro lecho sea ligero y duro: separad de vosotros la blandura y todo lo que pueda alterar la simplicidad de la sabia naturaleza. Acostumbraos a levantar a la venida de la luz; no durmáis más de lo que exige la necesidad; acordaos de Alejandro de Macedonia, de su vasija y de su bola de metal.

Sed parcós en la bebida, y yo quisiera que solo gustaseis del agua pura, dejando el vino y los espíritus para curar vuestras enfermedades.

El juego... huid de este cáncer temible que va a destruir vuestra salud y vuestras costumbres. Detestad el juego, desterradlo de vuestros inferiores si queréis ser soldados dignos de pasar a la posteridad.

Solo me resta, jóvenes, hablaros de un vicio de que quisiera que ignorais aun el nombre. La corrupción de nuestro siglo lo ha llegado hasta el punto de mirar la obscenidad y todos los horrores de la torpeza como característicos del soldado. ¡Tanto hemos degenerado de los siglos ino-

centes de nuestros padres! En esos tiempos afortunados el hombre de guerra era austero y huía de todo lo que pudiera relajar su carácter varonil. Sus placeres eran los ejercicios militares, y sus delicias, el honor y la amistad sincera; sus conversaciones, la historia de los hombres grandes y las virtudes de los héroes. Nobles, fieles, puros, castos... sabían sostener el honor de su patria y de sus armas sin debilidad y sin afeminación. Hoy... ¡Ah! Voy a decirlo con dolor. La boca del soldado no se abre sino para vomitar palabras que hacen estremecer a la virtud. Su aliento es mortal y envenena el aire que le rodea, su pecho es una cloaca que exhala vapores pestilentes que llevan la desolación y la muerte a todos los lugares adonde alcanzan. Sus reuniones son para concentrar el vicio y para exaltar más las pasiones; sus movimientos solo respiran la impureza más descarada; ellos se burlan de las almas virtuosas y hacen oprobio del pudor; su conducta privada, sus relaciones secretas... Permitidme, jóvenes, que extienda un velo denso sobre estas abominaciones, yo faltaría al respeto que os debo si prosiguiese describiendo las costumbres del soldado que el mundo corrompido llama culto. No hablo de las tropas de la República, que, colectadas de gentes inocentes, aún no han llegado a este punto de maldad y de torpeza: yo hablo de otras que no quiero nombrar.

Por lo que mira a vosotros, jóvenes, que estáis en la edad más terrible de la vida, edad de insensatez y de locura, edad en donde las llamas de las pasiones forman incendios y torbellinos horrorosos; en donde la voz de la razón apenas se oye; en donde todos los placeres de los sentidos ocupan el lugar de la religión y del honor; edad triste, edad cercada de peligros y de escollos, edad que hizo exclamar al más bello poeta del siglo XVIII, por boca de Telémaco: “*¡Oh desgraciada juventud! ¡Oh Dioses! ¿Para qué hacer pasar al hombre por esta edad, que es el tiempo del delirio y de la fiebre ardiente? ¡Oh! ¡Que mi cabeza no este cubierta de canas! ¡Que aún no me halle cerca del sepulcro! La muerte me sería más dulce que las debilidades vergonzosas en que me veo!*”. Vosotros, repito, que os halláis en esa edad peligrosa, oíd la voz, no de un jefe que os manda, sino la de un tierno padre que os aconseja. Huid, huid de toda sociedad impura; huid, huid, más que de los escollos y de la muerte, de contraer amistades peligrosas; huid, yo no me cansaré jamás de aconsejaros la fuga; huid, este vicio no se vence sino huyendo; contra este enemigo el verdadero valor consiste en temerle y en huir, y huid sin deliberar y sin volver a mirar atrás; huid, más que de la peste, de la víbora, de esos jóvenes disolutos que solo viven para engangrenar

la sociedad. Sed puros, jóvenes amados; que no salga de vuestros labios una palabra sola que no sea casta, inocente; que vuestras miradas sean modestas; que la compostura reine en vuestros vestidos y en vuestras acciones; que vuestras amistades sean con gentes que os den ejemplos de virtud; conservad la inocencia de vuestra primera edad; mantened vuestro corazón limpio; domad vuestras pasiones; refrenad con un valor heroico los ímpetus de la naturaleza, y sabed que aunque venzáis en el campo de batalla, seréis siempre unos cobardes si no sabéis dominaros a vosotros mismos. El héroe, el verdadero héroe es el que sabe contener sus deseos, sus estímulos y sus pasiones. El Zar Pedro lloraba porque había vencido a Carlos XII y no había podido domar los accesos de su cólera. ¡Ah, jóvenes militares! ¡Hijos míos! Permitid que yo os dé este dulce tratamiento cuando os hablo de preservar vuestro corazón de la más cruel y tiránica de todas las pasiones. Mis entrañas se estremecen cuando imagino que podéis precipitaros en los abismos del amor impuro: esta sola idea excita en mi corazón dolores crueles: *no padecieron más vuestras madres el día que os dieron a luz, que yo cuando...*¹⁵. Hijos míos, amados hijos, asegurad las inquietudes de mi corazón; serenadme por medio de una conducta honesta, recatada y virtuosa. Recibid estos consejos por lo que ellos valen, aunque yo no sea digno de anunciaros estas verdades, y menos de recomendaros la virtud, yo que aún no la he sabido practicar.

Hasta aquí solo os he hablado como lo podía haber hecho un pagano en Roma o en Atenas. Os he dicho: *Amad la Patria, adquirid una sólida gloria, sed valientes, generosos, humanos, activos, celosos, castos...* ¿Pero depende solo de vosotros el ser virtuosos? ¿Tenéis en vosotros mismos el principio del Bien y la fuerza que engendra las virtudes? No, no os engañéis, esta fuerza este fuera de vosotros, y solo baja de las alturas sobre los corazones que la imploran. Imploraladla vosotros todos los días de vuestra vida, y postraos delante del trono del Señor, llenos de una humilde confianza, y pedidle que os dé las virtudes y que forme de vosotros unos soldados dignos de hacer la felicidad de la patria, en vida, y que más allá del sepulcro sirváis de modelos a la posteridad.

15 FENEON, libro 3º.

Poned toda vuestra confianza en Dios y acabad de persuadiros que todo marcha acá abajo según las miras de su Divina Providencia. Victorias, batallas, derrotas, glorias, suerte de los imperios, todo está bajo de su mano poderosa y todo se gobierna según su voluntad.

Yo no puedo terminar mejor este discurso que con la conclusión que dio el gran Bossuet en su Historia Universal: *“Dios tiene -dice- desde lo más alto de los cielos la rienda de todos los imperios: unas veces retiene las pasiones, otras les largo la brida, y por este medio remueve al género humano. ¿Quiere hacer conquistadores? Hace marchar el terror delante de ellos, e inspire a sus soldados un valor invencible. ¿Quiere hacer legisladores? Envía su espíritu de sabiduría y de previsión y les hace poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce que la sabiduría humana es siempre corta por cualquiera parte que se la mire: la ilustra, ensancha sus miras y después la abandona a su ignorancia, a ciega, la precipita y la confunde en sí misma: ella se envuelve, se embaraza en sus propias sutilezas y todas sus precauciones se convierten en lazos. Dios ejerce, por este medio, sus juicios siempre infalibles. El es el que prepara los efectos en las causas más distantes y el que da esos grandes golpes cuya reacción va tan lejos... Así es que Dios reina sobre todos los pueblos... Solo Él lo tiene todo en su saber el nombre del que existe y del que aún no ha nacido; preside a todos los tiempos y previene todos los consejos. ¡Dios solo es poderoso! ¡Señor de los reyes y señor de los ejércitos!”*

Suponed, jóvenes, a un General lleno de todas las virtudes militares de que os acabo de hablar; suponedlo lleno de honor, de fuerza, de fidelidad, de paciencia, de celo... Suponedlo con el amor más ardiente de su patria; dadle las mejores intenciones; pregunto: ¿podrá con solo estas bellas disposiciones salvar a sus conciudadanos? ¿Podrá formar un plan de operaciones relativas al terreno, al carácter del enemigo y a las circunstancias? ¿Sabrá elegir su posición, hacerla fuerte y ponerse a cubierto de todo daño? No hay que engañarse, jóvenes; a las cualidades del corazón deben acompañar los conocimientos; para ser un soldado perfecto. Aquel será virtuoso, será justo; pero al mismo tiempo ignorante y capaz de cometer los errores más groseros; él perderá a su patria y le remachará las cadenas con todas sus virtudes. Aplicaos, jóvenes, al estudio de la guerra; aplicaos con toda la intención de vuestro genio; leed, meditad, consultad y embebeos en la ciencia que va a ocupar vuestra vida, a granjearos gloria y el reconocimiento de la posteridad. Vuestra conducta militar va a ser hija de vuestros principios morales y de vuestros conocimientos; ella va

a fijar vuestra suerte y la de vuestra patria; en fin, acordaos de la célebre sentencia de Tito Livio, hablando de Camilo, el más ilustre guerrero de la antigua Roma: “*La prosperidad -dice- de las armas depende de la conducta de los que las mandan, y los grandes Capitanes hacen la fortuna de los imperios*”.

Ved aquí, jóvenes, en pocas palabras a qué se van a reducir en este curso militar. Se compondrá de seis tratados, sin contar con los preliminares de Aritmética, Geometría, Trigonometría, Algebra hasta el segundo grado, y el conocimiento de la Parábola. El primer tratado será la *Arquitectura militar o Fortificación*. Aquí aprenderéis a fortificar plazas y a cubrir la campiña; a atacar a un enemigo atrincherado por medio de muros robustos; aquí veréis las sublimes ideas de Vauban, Cohorn, Deville, Turpin... para pelear y vencer a enemigos numerosos con un puñado de hombres que conocen su oficio por principios; en fin, aquí hallareis el medio de suplir la falta de hombres, de artillería y de fusiles, y dar fuerza a este Provincia para resistir las invasiones europeas que nos amenazan. El segundo tratado será la Artillera. La delineación, el perfil, el molde, la fundición, torno, taladro, montaje de cañones, morteros, obuses y de todas las piezas que hasta ahora han inventado los hombres, os ocuparan primero, y después seguirán el uso y los principios sublimes de la bombardería. El tercero será la Arquitectura hidráulica. Canales, acueductos, molinos, esclusas, bombas, norias, toda la fuerza de las aguas aprovechadas será el objeto de esta tercera parte. La cuarta estará consagrada a la Geografía militar. Diseño, grabado, signos de convención, golpe de ojo, pianos y cartas militares de todo género llenará este tratado interesante. El quinto se ocupare en los principios de *Táctica*, según las ideas elevadas de Montecúculi y su digno comentador. En fin, el sexto estará consagrado a la Arquitectura civil. Ella levanta templos al Señor, palacios a la autoridad pública, casas risueñas al ciudadano, construye puentes, calzadas, caminos para la utilidad general, y llena la vida de bienes y comodidades. Todos estos conocimientos son útiles y necesarios a un militar que debe despreciar esas sutilezas estériles y solo ocuparse del hombre, *torque la ciencia de sus necesidades y los medios de remediarlas es lo que hace verdaderamente sabios*¹⁶.

16 PLUCHE, tomo 14.

Nosotros seríamos unos ingratos si comenzásemos el estudio de las ciencias militares sin hacer un tierno recuerdo del ilustre Corral, que fundó esta Academia, y de su digno sucesor, que la aumentó con nuevas plazas de cadetes. Si faltásemos a ese deber nos pareceríamos a la oveja que pasta alegremente sobre las colinas sin reconocer la mano liberal que ha esparcido las gramas sobre los campos. No, jóvenes, los conocimientos que vais a adquirir ahora, y con ellos las glorias que vais a conquistar, todo lo debéis al vasto genio del Dictador, de ese hombre extraordinario que todavía lloramos, y cuya memoria durará mientras dure la República de Antioquia; vosotros la debéis también a Tejada, que ha fincado su gloria en marchar constantemente sobre las huellas de su predecesor. Apreciad estos bienes, jóvenes; sabed que en toda la extensión de la Nueva Granada solo vosotros estudiéis la ciencia de Vauban, de Keller, de Belidor, de Blondel, de Tríncano... y que mientras las turbaciones políticas hacen retrogradar los conocimientos en todas partes, vosotros os formáis en silencio y a la sombra del Gobierno humano, ilustrado y pacífico de Tejada.



Anexo Nº 2

*Textos de Caldas sobre periodismo
científico, astronomía, geografía de las
plantas y otras temáticas
(1808 - 1809 - 1811)*

Francisco José de Caldas,
[http://unradio.unal.edu.co/
uploads/pics/Francisco_Jose_de_
Caldas_1472083799.jpg](http://unradio.unal.edu.co/uploads/pics/Francisco_Jose_de_Caldas_1472083799.jpg)